

GRACIELA ILLANES ADARO

SENTIDO DE LA REALIDAD EN AZORÍN

AZORÍN es el filósofo del transcurrir y de la realidad. En todas sus obras está el tiempo, motivo que lo hace reflexionar sentenciosamente. La repetición de los hechos, su similitud, el sucederse de situaciones diversas le muestran su abstracción y sutileza, pero esos mismos hechos hacen que quede en cierto modo definido lo inasible, lo que huye.

Medita, y en su meditación une lo pasado a lo presente. Se sabe un pequeño ser pensante en esta línea ilusoria y vertiginosa, y su misma pequeñez le da dimensiones inconmensurables, pues siente la angustia de lo fugitivo y la antinomia de lo imposible; al comprender, su estado reflexivo se agiganta y se impone sobre los siglos.

Sus observaciones, menudas y decidoras, a veces en contraste, a veces en semejanza, caracterizan la viva realidad. Frente a "la ruina" que representa la cosa que termina, están "los chopos" frescos y perfumados que simbolizan la eternidad, lo que está llamado a perpetuarse, pues cada planta arrojará una semilla que volverá a ser y así sucesivamente.

Azorín, por amar lo grande, descubre lo pequeño. Lo nimio, aparentemente sin valor, le lleva a planteamientos, a problemas de índole metafísica e incita a reflexionar sobre ellos.

El estilo, definido por él como "la reacción del escritor ante las cosas", traduce perfectamente su comprensión de la realidad. El reacciona ante las cosas. Tiene esta palabra en su vocabulario un sentido aristotélico, casi corresponde al concepto que este filósofo tiene de "materia" o sea, a lo que está en trascendencia de ser. No lo estimula lo tangible, sino que

todo lo es causa de algo, lo que produce efecto en el ánimo, lo que repercute en el ser pensante intelectual o volíticamente, pero sobre todo en su aspecto afectivo. Muy especialmente esto último, pues Azorín ha dicho también "el estilo es la emotividad". Del equilibrio que hay entre lo que siente y lo que piensa, resulta su obra, sus apreciaciones y su sentido del mundo exterior.

Con sencillez suma, pero con voz "de profundis", nos entrega su manera de ser, de sentir y de juzgar. "Todo en el mundo hace pensar a quien medita en la fugacidad de la vida", y nos hace pensar mediante el contenido de esta sentencia tanto frente a un guijarro como a una fortaleza, en la cual trabajaron generaciones y generaciones.

Azorín ama los viejos pueblos españoles, la obra de arte clásico, el escrito arcaico. ¡Qué holgorio hay en su espíritu cuando descubre el pensamiento escondido en unas añejas páginas de lejanos siglos! ¡Qué emoción lo violenta cuando encuentra el móvil de la acción creadora en Teresa de Jesús o en Alfonso el Sabio o el que impulsó a su autor a escribir *El Libro de la Oración* o *El Lazarillo de Tormes*!

El estilo es la emotividad, ha dicho. ¡Qué bien traduce esta lapidaria sentencia su propio estilo! ¡Qué sutiles matices de su ser señalan sus palabras engarzadas con simplicidad suma! ¡Con qué sentimiento delicado argumenta sobre un pensamiento que halló escondido! ¡Con qué oportunidad lo da a conocer como motivo de ilustración de su propio pensamiento!

Estas citas de obras antiguas las presenta como joyas cuidadosamente engastadas. Brillo, forma y colorido logran puestas por su mano en una evocación, en un breve estudio, en un análisis. Las joyas finas de sus citas se destacan en la sencillez de sus palabras, en la simplicidad de sus frases y en la marfileña construcción de sus páginas todas.

Para dar la nota exacta de un lugar, de una época, de un castillo antiquísimo, de una forma de meditación, la repite, y ya propia o ajena, nos sumimos en su pensamiento. Es trascendente.

En un escrito sobre Rabindranath Tagore, Ortega y Gasset anotó: "¿Cómo extrañar que en estos versos sorprendamos la

revelación de nuestros propios arcanos?" ¡Cuánta aplicación tiene este mismo pensamiento en relación con Azorín! En sus *Meditaciones de un pequeño filósofo*, la nota pequeñita, menuda, austera nos descubre más que un mundo de ideas, un mundo de imágenes tornasoladas por las emociones infantiles. ¿Quién al leerle no ha vibrado íntimamente, y se le ha removido un mundo de recuerdos y añoranzas? ¿Quién no ha perdido el contento al saber que quedará inconclusa la lectura de aquel libro de brujas, duendes y hadas de sus cortos años infantiles? El dolor del niño de entonces traspasa la madurez y quizás si llega hasta la vejez. Está viva esa emoción en Azorín, y logra hacerla sentir junto con recordar momentos de la infancia plenos de curiosidad por saber qué hay más allá de esas quimeras, mundo maravilloso en el cual se sumerge el niño con ansiedad ilimitada.

Hay en este pensador español algo de los antiguos conquistadores. Va hacia los pueblos a buscar los vestigios, la huellas de otros seres que se perpetuaron en sus pequeñas o grandes creaciones. Va hacia las cosas —vehículos que han hecho trayectoria feliz entre la mano— fuerza motriz, el pensamiento, fuerza eficiente, y el minuto en que le son germen de ideas y reflexiones filósofo-sociológicas. Una ardiente fe lo estimula —la misma de los conquistadores— una incitación anímica lo impulsa; explora y corona su afán: encuentra fuentes intactas, causas únicas, condiciones que modifican el ser y el saber de la realidad.

Hace preguntas a las cosas. Interroga a lo incommovible. Relaciona lo inanimado con lo vital, y acierta en su mutua influencia. La arquitectura, arte y ciencia, espíritu y materia, constituye una de sus preferencias dilectas. Su profundo conocimiento de líneas y estilos, casi de tecnicismos, lo lleva a su interpretación que hace trascender a momentos reveladores de la historia y de la sociología.

Una poderosa imaginación retrospectiva le hace evocar con dominio total el momento propicio en que surgió tal fábrica, nos lleva a él, nos posesionamos de ese pasado, y nos sentimos actuantes en una tierra y tiempo desconocidos. Merced a su sortilegio, deambulamos por esas calles finamente empedradas en

que se dan la mano de un balcón a otro balcón y penetramos en esos grandiosos palacios de otra época, llenos de recuerdos y de historia, esa Edad Media religiosa y conquistadora que no hemos tenido.

Con ánimo idéntico va hacia los libros arcaicos, y con deleitación suprema señala sus descubrimientos que revela en juicios críticos llenos de ponderación y justeza.

“El sentir del corazón es el que ha producido muchas creaciones literarias”. Así los romances son, según Azorín, desahogos espirituales. La expresión ideológica está motivada por elementos puramente sensitivos.

Ha rastreado en la vieja literatura española con espíritu romántico; ha leído con amor gozoso. Ha destacado la pequeña nota decidora, vivaz, creadora. Prurito de investigador, fervor de enamorado lo han guiado. Encontrada esa nota, la ha pulido y puesto en realce, de manera fehaciente, iluminada; permite su apreciación y la de los contornos, la palabra y la voz de la cual proviene, la materialidad y el espíritu, la concreción y lo abstracto.

Se compenetra con el medio, con su idiosincrasia particular; aprehende la razón de ser de un momento y su repercusión en las creaciones —libros, templos, fuentes, palacios, muros, puertas— por entonces producidas.

Una vez hechos los hallazgos, aquella nota por demás decidora, aquel detalle evocador los expone con perspicacia en una prosa blanca y fina. ¿Quién después de caminar de su mano no sabría reconocer a Segovia la tejedora, a Toledo, forjador y herrero, a Alicante el de los almendros blancos y floridos? ¿Quién después de leerle no se ha ambientado plenamente en el momento propicio que tuvieron Francisco Vives, Berceo o fray Luis de León? ¿Quién nos ha hecho participar en mejor forma de los valiosos pensamientos ajenos? Y todo realizado con detalles aparentemente insignificantes que, sin embargo, crean un cuadro completo, señalan una época o rasgan una personalidad. Su detalles son vitales: evocan, marcan, caracterizan, sellan. ¿Hay alguna nota más distintiva que la siguiente tomada de “Una hora de España”: Y del señor ha conservado el ademán de llevar el rosario a la altura del pe-

cho, con la yema del pulgar —el de la mano izquierda— puesta sobre una de las cuentas?

Hay gestos, multitud de gestos en la obra azoriniana que completan toda una descripción y que dan el perfecto sentido del tiempo y del espacio. Hace asociaciones entre personajes de la vida diaria, de la historia, de la creación artística y los hermana a través de un detalle genérico. Hasta en los títulos de sus libros hay algo que le es propio, un rasgo señalizador de un todo, el elemento fundamental de un análisis que va a estar en el contexto total. Esas pequeñas notas que hace resaltar, y que sabe escogerlas tan sagazmente, están en íntima correspondencia con su estilo fino, lapidario, escueto, clarísimo.

La obra azoriniana tiene otra virtud: estimula la creación. Su gran sencillez, su ninguna aparatosidad promueven a ello. "Quien piensa claramente, escribe claramente".

Emplea oraciones cortas, a veces brevísimas, propias de un discurrir maduro y reflexivo que ha logrado que la idea se sintetice en el menor número de palabras, y sea plenamente comunicativa. Tiene profundidad en sus razonamientos, pero no hondura que nos permita ver el abismo, sino contemplar un cielo suavemente azul y blanco. Se trata de una profundidad hacia lo alto, casi hacia lo divino.